

FRATERNIDAD

I

Enero 1939. La Guerra Civil está tocando a su fin.

Siete de la mañana. Perta de Toledo de Madrid.

Durante toda la contienda, tanto la Puerta como el Puente de Toledo han servido de parapeto para la defensa de la capital. Nidos de ametralladoras y un puñado de combatientes han mantenido la posición. Por ahora....

El comandante sostiene un cigarrillo en la comisura de sus labios y mira triste al horizonte. Amanece poco a poco. Mucho frio.

Ha acabado su turno de guardia. Hora de recogerse. Está cansado, muy cansado después de casi tres años de lucha. Le pesa el cuerpo, le duele el alma.

Envuelto en su capote comienza a andar despacio, subiendo la calle Toledo, ensimismado. Junto a él, en silencio profundo, el resto de sus hombres, muchos de ellos unos niños. El ejército regular de la República. Lo que queda de él. Apenas hablan entre sí. La derrota está a la vuelta de la esquina, lo saben. Las pocas esperanzas que quedaban se marchitaron hace ya muchos meses.

El Gobierno de la República se ha trasladado a Valencia. La orden es resistir, que Madrid no caiga. Pero ellos se han marchado.

Atraviesa el arco de la Plaza Mayor donde aún permanece colgado el cartel de "No Pasarán" y llega a la Puerta del Sol, cuyos edificios y comercios se protegen con sacos terreros para intentar que las bombas hagan el menor daño posible.

Puerta del Sol 14. Hotel Universo. El que fuera un hotel de postín a principios de siglo, se ha convertido en una pensión muy decente y muy limpia, según alardean sus dueñas, doña Mercedes y doña Asunción, herederas de los primitivos patronos del establecimiento, pero una pensión, al fin y al cabo.

El Comandante lleva alojado allí desde hace ya más de un año, cuando decidió enviar a su esposa Encarna y a su hija Sol a Alicante con los padres de ella. Desde allí, pasando mil penurias y merced a la ayuda de un matrimonio inglés, amigo de tiempos de la Universidad, han podido refugiarse en Londres. Piensa si podrá volver a verlas.

Doña Mercedes y Doña Asunción miman a sus huéspedes. Católicas devotas y monárquicas acérrimas, cuidan a sus huéspedes cual de hijos se tratara. Sus dos hermanos están en el frente, uno en cada bando. No saben nada de ellos desde hace tiempo. Se temen lo peor.

En el hotel también se aloja Don Julián. Un hombre pequeño, casi sesenta años, calvo como una peonza y orondo pese al hambre que se viene pasando en Madrid.

Afirma ser tratante de ganado en Salamanca. A él le pilló el estallido de la contienda en Madrid, alojado en el hotel donde siempre se hospedaba en sus visitas profesionales.

Pero Ríos sabe que no hay tal tratante, ni ganado que valga y que Don Julián no ha visto una oveja más que servida en un plato, bien asada.

Y lo sabe porque, aunque el sacerdote no lo recuerda, el Comandante conoció a Don Julián cuando asistió, antes de la Guerra, a aquel colegio marianista de la Calle Castelló, para realizar una Inspección rutinaria de obras que se ejecutaban en la capilla del edificio. Quien entonces le atendió, guió y enseñó los trabajos fue, precisamente, Don Julián, el cual, por aquellos días, vestía sotana negra y alzacuellos blanco.

Don Julián no le había reconocido. Obvio. En aquellos días, Ríos oficiaba de Inspector Municipal de Obras del Ayuntamiento de Madrid y no pensaba, ni por asomo, que iba a cambiar el compás y la escuadra, por la pistola, la gorra de plato y el uniforme del Arma de Artillería del Ejército de la República Española.

La amistad entre don Julián, el Comandante y las dueñas del hotel, se fue fraguando a lo largo del tiempo. Compartir hambre, frío, penuria y miedo conlleva también el nacimiento de vínculos especiales. Sin preguntas.

Noches en torno a una botella de aguardiente infame, recuerdos de la vida anterior a la guerra, viejas canciones, tangos y cuplés. "Aquí huele a cura" gritaba riendo el Comandante, apurando la última gota de alcohol.

Todos han compartido miseria y tristeza, momentos de euforia y de alegría desmedida que a veces llegan con la desesperación.

Aquella noche, la guardia en la Puerta de Toledo había sido particularmente cruenta. Fuego de mortero y fusilería constante desde el otro lado. Dos muertos y dos heridos graves.

Cuando llega al portal del Hotel escucha gritos. Damián el portero, le advierte que han subido cuatro hombres armados. Sube corriendo, pistola en mano.

En la recepción de la pensión, cuatro hombres vestidos con monos azules y armados con máuser pretenden inspeccionar las habitaciones.

Doña Asunción y Doña Mercedes les impiden el paso. Les gritan y les insultan: -¡Bestias, pedazo de bestias!- Les llaman.

El Comandante se planta entre ambos bandos y monta el arma. -¿Qué pasa aquí?-Inquire.

El que parece el mando del grupo se identifica como comisario político. Inspección en busca de quintacolumnistas. Intenta avanzar hacia las habitaciones y empezar el registro.

Un miliciano empuja a Doña Asunción y esta cae al suelo. La tensión es máxima.

El comandante Ríos, con un movimiento veloz, golpea en la sien con su pistola al miliciano, agarra por el pecho al Comisario y le planta el cañón en la frente.

-Aquí vivo yo y yo respondo por todos. Aquí no hay nadie a quien buscar, ni traidor que valga. Te lo juro por mis cojones, camarada. Me dejo la piel todos los putos días en el frente. Mientras que vosotros os paseáis buscando fantasmas, yo defendiendo a la República. Sois unos mierdas que atacáis a quien no se puede defender. Idos de aquí y no se os ocurra volver o tendréis a toda mi compañía detrás de vuestros traseros.

Durante un segundo eterno, el Comisario y el Comandante se miran fijamente a los ojos. Finalmente da orden a sus hombres de abandonar el edificio.

D. Julián aparece sudando como un pollo pese al frío intenso que el duro invierno y la falta de calefacción provocan.

Ríos saca de su zurrón una botella de aguardiente. Doña Asunción saca cuatro copitas del aparador. Se sirven todos, beben en profundo silencio solo roto por la voz grave del Comandante que dice: ¡Aquí huele a cura!

II

Finales de marzo de 1939. La guerra se ha perdido. El Coronel Casado del Ejército de la República, ha dado un golpe de estado auspiciado por republicanos y socialistas moderados. Intentan firmar la paz, parar la carnicería. Los comunistas se oponen. Hay tiros en las calles de Madrid entre los antiguos camaradas. Finalmente, las tropas del Ejército de Franco entran en la capital. Madrid ha caído.

Ríos duda si entregarse o intentar huir, pero, ¿a dónde? Piensa en su mujer y en su hija. No saben nada de él desde hace meses.

La Puerta del sol comienza a llenarse de gente, eufórica, brazo en alto ¿Dónde se habrán metido durante todo este tiempo?

Don Julián ya no está en el Hotel. Se ha marchado, sin despedirse. Habrá vuelto al Colegio, piensa. Al menos podía haber dicho adiós.

Está en su habitación, ya no lleva el uniforme. Doña Mercedes lo ha quemado en la caldera. Todo se ha ido al garete. Han matado una ilusión.

Lentamente se acerca la pistola a la sien. Es la salida más digna. No quiere cárcel, no quiere que lo pongan en un paredón. Levanta el percutor, Doña Mercedes aparece por la puerta y se abalanza sobre él. La bala se aloja en el techo.

-Usted no va a hacer nada ni se va a ir a ninguna parte. Usted se queda aquí. Cuidaremos de usted.

III

Ríos permanece escondido durante más de 5 años. Pasa la mayor parte del tiempo en un maletero acondicionado por las hermanas, oculto a la vista de todos los huéspedes que van y vienen. De vez en cuando, cuando el flujo de clientes es escaso, le permiten salir y compartir momentos como los que vivieron durante la guerra. Son momentos felices. Las hermanas le mantienen al tanto de la guerra en Europa. Teme por su mujer y su hija. Nada sabe.

IV

Abril de 1945. La guerra ha terminado en Europa. Son las seis de la mañana. Doña Asunción golpea la trampilla del maletero y le pide que baje. En la cocina se encuentra con las hermanas y Don Julián. Viste sotana negra y alzacuellos blanco.

-No hay tiempo. Póngase esto que salimos pitando-, le espeta el sacerdote, extrayendo una sotana y unos zapatos negros de una bolsa de tela.

Ríos, confuso, obedece. Se viste. Doña Asunción y Doña Mercedes le abrazan rápido pero intensamente. Don Julián, le coge del brazo y se lo lleva escaleras abajo.

En la puerta del hotel, espera un coche. Al volante un sacerdote muy joven. El comandante mira por última vez la Puerta del Sol. Aún no ha amanecido, parece tranquila, callada.

Sube al coche donde Don Julián le entrega un salvoconducto, evidentemente falso.

Toman la carretera de Burgos. Los controles constantes que se ubican en distintos puntos del camino se sortean sin dificultad. Al fin y al cabo, son tres sacerdotes inofensivos.

Tras un largo viaje llegan a San Sebastián donde Ríos quedará alojado en un Colegio que los Marianistas regentan en esa ciudad. Allí permanecerá durante cuatro meses, pasados los cuales un barco pesquero le trasladará desde la costa vasca al puerto inglés de Bristol, donde Encarna, Sol y la libertad le estarán esperando.

Cirilo García

Madrid-Benidorm – Septiembre octubre de 2023.